



La filantropía moderna, para escaquearse de la distinción que establece San Juan, ha sustituido a ese Dios convertido en entelequia por otra entelequia mucho más 'laica', la Humanidad

Hay una afirmación grotesca, muy repetida entre cierto tipo de personas ferozmente ideologizadas, que contrapone las virtudes de la justicia y la caridad, considerando absurdamente que la caridad es mera beneficencia. Pero lo cierto es que justicia y caridad son inseparables, como muy bien enseña **San Juan**: «En esto se reconocen los hijos de Dios y los hijos del diablo: todo el que no obra la justicia no es de Dios, ni tampoco el que no ama a su hermano» (1 Juan 3, 19). Y este método infalible para distinguir a los hijos de Dios de los hijos del diablo debe complementarse con esta otra afirmación medular de San Juan, contenida en la misma epístola: «Si alguien dice: 'Amo a Dios', y aborrece a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve» (1 Juan 4, 20).

Así que San Juan nos enseña que justicia y caridad van cogidas de la mano; y también que se puede decir «Amo a Dios» y ser un grandísimo hijo del diablo, si antes no se ama al hermano. Pero como el amor al hermano exige justicia y caridad, también se debe incluir entre la prole diabólica a quienes destinan al hermano una falsa justicia que no está perfeccionada por la caridad, o bien una falsa caridad que no observa la justicia. **Chesterton** habló de «virtudes locas» para designar ese empeño tan moderno de desgajar las virtudes, aislándolas hasta hacerlas irreconocibles; y quizá no haya virtudes tan locas como la justicia sin caridad y la caridad sin justicia, que incluso pueden adoptar ropajes muy solidarios y filantrópicos.

La filantropía moderna, para escaquearse de la distinción que establece San Juan, ha sustituido a ese Dios convertido en entelequia por otra entelequia mucho más 'laica', la Humanidad. Proclama «Amo a la Humanidad» y nos hace creer que no se cuenta entre esos hijos del diablo que sólo aman algo que no ven (Dios) y no aman al prójimo que ven. Pero la Humanidad es exactamente lo contrario del prójimo.

A muchos filántropos modernos les ocurre, en realidad, lo mismo que le ocurría a un personaje de *Los hermanos Karamazov*, que decía: «Amo a la Humanidad, pero, para gran sorpresa mía, cuanto más amo a la Humanidad en general, menos amo a los hombres en particular, como individuos. Con frecuencia, he soñado que sirvo apasionadamente a la Humanidad y creo que, si hubiese hecho falta, hubiese subido al Calvario por ayudarla, pero sé por experiencia que no puedo convivir con otra persona dos días seguidos en la misma habitación.

Tan pronto como alguien se acerca a mí, su personalidad oprime mi amor propio y dificulta mi libertad. En apenas veinticuatro horas, puedo cogerle ojeriza a la persona más buena: tal vez porque se queda demasiado tiempo sentada en la mesa, o porque está constipada y no hace más que estornudar». Y, un poco más adelante, otro personaje de *Los hermanos Karamazov* confesará, revelándose como un prototipo del hombre moderno: «Debo confesarte una cosa: nunca he podido comprender el amor al prójimo. ¡Pero si el prójimo es precisamente la persona a la que no se puede amar! Salvo que esté a una cierta distancia, claro».

Dostoievsky se erige así en el mejor intérprete de San Juan. Amar a la Humanidad es la gran cortada del moderno hijo del diablo, que además se enfadará y se hará el digno si le pides que se deje de amar cosas que no pueden verse y se ponga a amar a su prójimo, que lo acoja en su casa y lo meta en su misma habitación, que permita que se quede sentado durante largo rato en su mesa y aguante sus estornudos.

Ese amor al prójimo, que participa de la justicia y la caridad, es el más difícil de todos, porque nos impide evadirnos con pensamientos filantrópicos nebulosos. Ese amor al prójimo no se demuestra, por ejemplo, reclamando al Estado que las residencias de ancianos estén mejor dotadas, sino asumiendo que somos cada uno de nosotros quienes tenemos que cuidar de nuestros ancianos (o sea, de nuestros padres).

Y, para poder encargarnos de ellos como merecen, tendremos que exigir a los gobernantes que hagan lo propio, favoreciendo una vida auténticamente comunitaria que proteja los vínculos familiares y mejore las condiciones laborales, de tal manera que dispongamos del tiempo necesario para poder cuidar de nuestros padres con justicia y caridad.

El prójimo y la Humanidad

Publicado: Miércoles, 13 Mayo 2020 00:14

Escrito por Juan Manuel de Prada

La plaga coronavírica que estamos sufriendo es una oportunidad inmejorable para probar que aún somos capaces de amar al prójimo, en lugar de conformarnos con amar a la Humanidad, como tanto les gusta hacer a los hijos del diablo. Ojalá no la dejemos pasar.

Juan Manuel de Prada, en xlsemanal.com.